zacion: inmutable en su esencia, tiene proporciones para todo, y en todo llega siempre á efectuar su divina unidad.

Hay pues, repetimos, en esta sencilla concordancia de la obra del Cristo con la obra de los hombres, no solo por su concepcion, sino tambien por su realizacion, un estímulo muy grande para nuestra fé. La *concepcion* evangélica es un prodigio de perfeccion y de santidad que escluye todo orígen humano; pero su *realizacion* es un segundo prodigio mas admirable aún, porque se halla ecsistente en razon inversa del primero. La conversion del mundo á *una sola* ley moral es un hecho sobrehumano; pero ¡cuánto mas sobrehumano aparece este hecho si aquella ley es ya de por sí un prodigio de perfeccion y de santidad en oposicion radical con las preocupaciones y pasiones del mundo! Es como una montaña situada sobre otra montaña. Si la una supone toda la sabiduría, la otra reclama toda la fuerza de un Dios; y se ecsaltan recíprocamente aquella sabidurfa y esta fuerza.

Comprendedlo bien,—porque estamos tocando ahora una de las pruebas mas sensibles de la divinidad del cristianismo:—las concepciones de los antiguos moralistas eran infinitamente menos severas que el Evangelio; ¿seria acaso esto porque las mas rigorosas dejaban al hombre el amor de sí mismo, que se enriquecia con el sacrificio de todos los demás, y que fué el postrer amor que el Evangelio le arrancó?

Sin embargo, aquellos sistemas de moral, siendo tan poco ecsigentes, no tenian sectarios, y el Evangelio ha dominado ya por todo el mundo.

"Desde Tales hasta los mas quiméricos charla-"tanes y sus plagiarios, dice Voltaire, no hubo nin-"gun filósofo que influyese ni siquiera en las cos-"tumbres de la calle donde vivia."—Aparece el Cristo, y estiende su influencia por todo el universo y sobre todos los siglos.

Búscanse pruebas de la divinidad del cristianismo, y esta nos parece de las que se hallan al alcance de todo el mundo: es de tal naturaleza, que no solo debe probar al deista la intervencion de Dios, sino que su fuerza es bastante para iluminar los ojos del ateo con la verdad de su ecsistencia.

Aimé Martin, que es uno de los mas grandes admiradores de Platon, en su obra *La educacion de las madres de familia*, hablando de la *República* de aquel gran filósofo, hace la siguiente reflecsion:—"Aquella legislacion, cuyo conjunto platónico pa-"reció á los antiguos el tipo de una *perfeccion im-"practicable*, no es en el dia impracticable *sino por-"que es inmortal*,—SU IDEALIDAD NO CORRESPONDE "Á NUESTRA REALIDAD;—¡tan inmensa es la carre-"ra que ha andado la humanidad! ¿Por qué para "ésta los objetos de admiracion se han convertido "en objetos de desprecio?—ENTRE EL MUNDO AN-"TIGUO Y EL MODERNO HAY EL EVANGELIO (1)."

Es verdad que la escuela de los estoicos metió mucho ruido, y parece desde lejos que podia presentarse rodeada de gran número de discípulos; pero es necesario tener presente que sobre el particular nos ilusiona el aparato de las sentencias de que sus libros están llenos.—Si en vez de preguntar *¿qué dijeron?* se preguntase *¿qué hicieron?* la cuestion variaria enteramente de aspecto.—Y es esto tan cierto, que no tememos asegurar que entre tantos estoicos de palabra, no habria uno solo *de accion*. Guardémonos empero de decir que podemos garantir completamente la asercion, pues el jefe de la secta, el mismo Epicteto, se espresa así:

"Veo muchos hombres que recitan y propagan "las mácsimas de los estoicos, pero no veo estoi-"cos en ninguna parte. Y si no, enséñame un es-"toico; *no busco mas que uno*.... Si no puedes "mostrarme un estoico, muéstrame á lo menos uno "que haya *empezado* á serlo: en mi adelantada ve-"jez no envidio otra cosa que este *grande espectá-"culo*, del cual no he podido gozar todavia (1)."

Este *grande espectáculo* se dió ya al mundo, y fué una cosa muy vulgar. La doctrina evangélica produjo, no uno solo, sino muchos miles de estoicos, y los produce aún todos los dias, y no solamente estoicos formados por el estudio de la filosofía, ó estoicos por temperamento, los únicos que hubiera producido la antigüedad *si hubiera podido*, sino estoicos de todas condiciones, de todos secsos y edades, estoicos oscuros y desconocidos del mundo, y, lo que es mas divino aún, estoicos desconocidos de sí mismos, estoicos que no sospechan siquiera que lo sean; en una palabra, estoicos que llamamos cristianos.

Hé aquí pues un problema bien raro que se le hubiera podido proponer á Epicteto, cuando se lamentaba de no encontrar ni *un solo estoico empezado*:—Supuesta una moral incomparablemente mas ecsigente que la suya, ¿cómo se la podrá hacer recibir universalmente, y de qué modo se la podrá hacer practicar por multitud de pueblos en todos tiempos y lugares, entre todas las condiciones y edades, y por todos los grados de inteligencia y de instruccion?.... ¿De qué manera se la podrá hacer penetrar en el corazon y en la conducta de una multitud innumerable de tiernas jóvenes para que no vacilen en abandonar todo lo que halaga la concupiscencia y el orgullo, y se decidan á abrazar los dolores de la vida, y no solo los dolores propios, sino los de toda la humanidad, y que en semejante estado se conformen con pasar amables, sencillas y alegres, no un momento ni un dia, sino la vida entera?....

Solo al que nos habia traido esta moral pertenecia la gloria de resolver el problema de su aplicacion.

Y no se crea que es una prueba débil de la divinidad de esta moral el haber tenido necesidad de un medio sobrehumano para ser practicada, de la misma manera que no es una prueba débil de la divinidad de este medio el haber conseguido el hacerla practicar.

Este medio es el dogma.

(1) *De l' Education des meres de famille.*—El testimonio de Aimé Martin es tanto mas notable, cuanto que, á pesar de lo que promete su título y la distincion académica que mereció, su obra es *sustancialmente impía.*

(1) *Apud Arrian*, L. 2., cap. 19.

CAPÍTULO IV.

EL DOGMA.

Un autor distinguido decia, hablando del estilo de Quinault, que éste habia deshuesado la lengua. Nosotros podriamos decir de nuestros modernos theosophos, admiradores de la moral evangélica y á la vez impugnadores de los dogmas cristianos, que quieren *deshuesar* el Evangelio.

No cabe ser mas inconsecuente; y, hablando segun el lenguaje mas admitido, mas *irracional*.

La moral evangélica encierra en sí misma el dogma cristiano, y el dogma cristiano sostiene á la moral evangélica. Hay entre ambos un enlace de necesidad tan estrecho, como el que puede haber entre la carne, los músculos y los huesos en la composicion del cuerpo humano.

Su enlace es aun mas íntimo, porque la moral es respecto del dogma lo que el efecto respecto á la causa y la voluntad respecto del motivo determinante:—Es el dogma en accion, la fé práctica.

Hay efectivamente una evidencia vulgar de que el resorte y el móvil de nuestras acciones está en la idea preconcebida de su motivo y de su necesidad. Nunca hacemos cosa alguna sin determinarnos anteriormente por la apreciacion verdadera ó falsa de su utilidad ó de su bondad. En este sentido no hay accion, cualquiera que sea, que no tenga su *dogma*, su *fé*, y decimos su *fé*, porque miradas las acciones de cerca, hay muy pocas, si las hay, que sean resultado de una evidencia absoluta de su misma razon de ser.—"¿Por qué os obstinais "en no creer? dice un gran filósofo cristiano. ¿No "conoceis que la fe dirije y precede necesariamen-"te todas nuestras acciones? ¿qué labrador podria se-"gar si no *confiase* á la tierra su simiente? ¿quién "se atreveria á atravesar la mar si no *fiase* en la "embarcacion y en el piloto? ¿qué enfermo se de-"jaria curar por el médico, si no le merecia antes "su *confianza*? ¿qué arte ó ciencia podréis apren-"der, si no empezais por *creer* al maestro que debe "enseñárosla? Supuesto, pues, que todo en la vi-"da estriba en la fé humana, ¿con qué pretesto os "atreveréis á criticar la fé divina?.... (1)"

Hay sin duda en la incredulidad mas sinrazon de lo que imaginamos.

Los menos desrazonables son sin embargo los que rechazan el cristianismo en masa, moral y dogmas á la vez. Pero los que pretenden conservar su moral sin sus dogmas ó en el fondo, nada quieren de esta moral, ó bien, valiéndonos de una espresion de Malebranche, son espíritus nacidos para buscar en la idea del círculo todas las propiedades de los triángulos.

Nosotros, que no queremos separarnos del sentido comun, profesamos la verdad de que para persuadir á los hombres á recibir y practicar una moral tan severa y penosa para la naturaleza, es preciso darles razones muy grandes y positivas para que la abracen, y que si la moral es sobrehumana, las razones para practicarla deben serlo tambien, y en una palabra, que para tener virtudes son indispensables las creencias.

Adelantarémos mas todavia, y antes de entrar en el ecsámen del dogma, nos bastará la sola moral evangélica, y el gran fenómeno de su realizacion en el mundo, para deducir esta consecuencia que nos parece rigurosa, á saber: que en pos de esta moral deben encontrarse necesariamente dogmas perfectos como ella; porque, como dijo Montaigne, *el sello especial de nuestra verdad, es nuestra virtud.*

Esta razon compendiada de la fé cristiana, que es la del pueblo, es sin duda la mas sólida. La que se deduce del ecsámen de los mismos dogmas es mas contingente, porque depende de las disposiciones siempre inciertas y limitadas de nuestro espíritu, y la perfeccion de los mismos dogmas supone que la mayor suma de su evidencia debe ser aplicada á la práctica que es su objeto, y deben mostrarnos siempre no el *cómo*, sino el *por qué* de las cosas.

La mácsima de que al árbol se le debe juzgar por sus frutos, no se ha hecho comun sino en fuerza de ser racional. Por este mismo principio deducimos la verdad de la ecsistencia de Dios del espectáculo del universo. Pero si las bellezas del mundo material prueban su ecsistencia, las del mundo moral probarán su intervencion en todas las verdades que á él se refieren, y la probarán ademas por el primero de todos los axiomas, es decir, que no hay efecto sin causa, y que por consiguiente nada hay en el efecto que no esté contenido en su causa.

Estas son las relaciones que tiene la moral con el dogma.

Por esto, ¡cosa notable! la quimérica distincion entre la moral y el dogma no fué nunca mas que especulativa, ni la hicieron mas que aquellos delirantes en moral que jamas han pasado de estudiar sus flotantes nubarrones sobre el escabroso terreno de la práctica. Respecto de los que han estudiado á fondo el Evangelio, no hay cuidado de que sacudan el yugo del dogma. Su razon vive iluminada, y el mismo yugo es el que les obliga á andar hácia adelante.

A mas de que, ¿en qué se fundarian para rechazar el dogma despues de haber admitido la moral? ¿No tienen ambos una misma cuna? La misma boca que dijo: *amaos unos á otros* ¿no ha sido la que dijo: *yo soy el pan vivo bajado del cielo*?

¡Estraño respeto á la moral evangélica, el que empieza por dar un solemne mentís á su autor!

La indigencia moral de los antiguos no procedia solo de su defecto de concepcion moral, sino de su defecto de *motivo*, es decir, de dogma; de manera que puede decirse que tenia orígen en su misma indigencia teológica.

Es indudable que la humanidad no ha podido vivir nunca sin las nociones de Dios, de la inmortalidad del alma y de una justicia futura; pero estas nociones han sido siempre vagas, inciertas, incompletas y desfiguradas, fuera del seno del cristianismo, por efecto de la accion disolvente de las pasiones y del espíritu humano, á quienes se hallaban

(1) Teófilo, *Apología*, núm. 8.— *Orígenes contra Celso*, lib. 1, núm. 11.

abandonadas sin defensa, y que poco á poco les habia ido trasformando á su imágen, como aquella estatua de Glaco, de que habla Plutarco, que colocada en la orilla del mar y constantemente batida y gastada por las olas, acabó por perder la figura de Dios, y no era ya mas que una roca informe.

El Cristo, que se anunció á sí mismo como la luz primitiva que habia comunicado á la humana razon aquellas verdades, y que lo mismo para el dogma que para la moral, precisamente nada cambió en el plan primitivo del edificio espiritual, y solo vino á retirar los escombros de nuestro entendimiento para restaurarlo y completarlo con los socorros que nuestra miseria reclamaba;—el Cristo, decimos, vino á devolvernos aquellas nociones divinas en toda su primitiva pureza, y nuevas nociones destinadas á poner á las primeras en armonía con una debilidad, que no habia podido conservarlas, y las colocó para en adelante al abrigo de toda tentativa, debajo del baluarte de su autoridad, donde permanecieron de tal modo defendidas, que despues de diez y ocho siglos de continuos asaltos por parte del espíritu humano, se han conservado intactas y han visto estrellarse contra ellas infinitas herejías y sistemas, que solo han debido la celebridad á su propia caida.

Proponiéndonos nuevas virtudes, nos propuso tambien nuevas creencias, y adaptó el resorte á la accion regeneradora que queria imprimirnos. Si con una mano nos indica un deber, con la otra nos revela una verdad, que es su motivo correspondiente: *Bienaventurados los que lloran....porque serán consolados*, &c.

Abrió asimismo á la razon y al corazon del hombre perspectivas sublimes. Iluminó su entendimiento con nociones mas claras y positivas de Dios, del hombre mismo, de sus relaciones primitivas, de sus relaciones actuales y de sus relaciones futuras. Purificó las nociones que ya se nos habian adulterado, las desarrolló, las dilató, las completó, y sobre todo las CERTIFICÓ, poniéndolas al alcance de nuestra vision y haciéndonos gustar de lo invisible por la FÉ (1): la fé, que enlaza á la moral con el dogma, y los sostiene á ambos por medio de esta union; la fé, que es la flor de la caridad y la raiz de la esperanza (2), que nos conduce por la primera á todas las virtudes, y por la segunda á todas las verdades, estableciendo de este modo una correspondencia inmediata y continua entre el espíritu y el corazon del hombre, entre el mundo intelectual y el moral, entre la tierra y el cielo.

Arquimedes pedia un punto de apoyo, y se encargaba de mover el mundo. El Cristo estableció este punto de apoyo, y renovó la faz de la tierra: punto de apoyo que es esa misma fé, de la cual él dijo que *el que la tendria, aunque no fuera mas que como un grano de mostaza, podria trasladar las montañas de un lugar á otro.*

Creemos pues que bajo este punto de vista de su relacion con la moral deben los dogmas ser estudiados; ó solamente desde aquí puede aspirarse á contemplarlos, si nos es lícito elevarnos á un punto de vista mas intrínseco. El concierto y la fecundidad de los medios respecto del fin propuesto constituyen la perfeccion de todas las cosas. El cristianismo es un todo armónico que se resiste á la abstraccion y tiende á la unidad. En él nada hay inútil, no tiene nunca ninguna superfetacion. Quien tocase á uno de sus puntos conmoveria, por decirlo así, todos los demás. En este sentido es la Religion verdadera, á la cual todo se halla *enlazado*, y que lo *enlaza* todo de nuevo para recomponer la vida, que es la unidad. Considerar los dogmas demasiado en abstracto seria por consiguiente una falta de método; pues seria empezar por suponer en el cristianismo un defecto que felizmente no tiene; y en este sentido la oscuridad que opone á nuestras temerarias investigaciones para reconducirlas á una *evidencia práctica*, prueba su divinidad tanto como esta evidencia misma.

Hay sin duda espíritus que se ofuscan con esta oscuridad, y que quisieran que el cristianismo pudiese prestarse á una estéril especulacion, dejando la moral para no atender mas que al dogma, así como hay otros que quisieran abandonar el dogma para no quedarse mas que con una moral enteramente especulativa. Pero semejantes espíritus, que toman el vacío por la estension y el deslumbramiento por la luz, no conocen que esta propiedad *especulativa*, que buscan en el cristianismo, seria la señal cierta de su debilidad, porque ese es precisamente el sello característico de las obras humanas. Decir *especulativo* es decir *inactivo*. En este sentido Dios deberia ceder el lugar al hombre, porque sus concepciones no son menos superiores á su accion, por la sencilla razon de que en él pensar y obrar es una misma cosa. Ecsiijr en el cristianismo una penetracion de sus dogmas que se estienda mas allá de la esfera de su actividad moral, seria admitir que su autor obró como los hombres, que nunca pueden todo lo que quieren, ni realizan todo lo que conciben. Pero si el cristianismo se resiste á esta asimilacion; si por un carácter que le es propio, nada tiene en sus dogmas que no esté enlazado con su moral, que siguiendo el radio de su actividad se ve que se estiende tanto como el de su concepcion, y que ésta no se desenvuelve sino en estrecha relacion con aquella, y que en una palabra, estas dos están perfectamente adecuadas, debemos convenir en que su obra es divina, y que solo por una ilusion de nuestra miseria y vanidad vacilamos en reconocerlo.

Esta ilusion es hasta cierto punto escusable, aunque no sea necesario fondear mucho en nuestra naturaleza para averiguar y reconocer el principio de donde se origina; porque en fin, si nuestras concepciones esceden y pasan mas allá de la capacidad de nuestra accion, y si sin cesar nos lanzamos fuera de nuestra triste realidad para abarcar lo ideal y lo absoluto, damos con esto pruebas de elevacion y de fuerza, y tenemos por lo mismo motivo de envanecernos. Sin embargo, al pensar así, no reparamos que esa elevacion es la elevacion de un sér caido, y esa fuerza la fuerza de un ser quebrado, es decir, un resto de elevacion y de fuerza que aspira á levantarse y rehabilitarse; esto era lo que le hacia decir á un sabio:—*Muéstrame tu fuerza, y yo te descubriré tu debilidad.*—Si poseyéramos la plenitud de la vida, no sucederia así: lo real y lo ideal se confundirian en nosotros como las aguas de un rio en su mayor creciente. De la misma manera que es un desatino decir que este rio no es profundo porque no se ven sus orillas, es tambien una ilusion de nuestra debilidad no descubrir la plenitud de la verdad y de la vida en una Religion, en que la concepcion se confunde con la accion, y en que la sublimidad iguala á la profundidad.

(1) *Argumentum non apparentium.*
(2) *Substantia rerum sperandarum.*

Esta tendencia escesiva á la especulacion es ademas el distintivo de la filosofía de nuestra época, filosofía que no se deja inspirar mas que de *la razon pura*, que desdeña los hechos, que no crea mas que la idea, y no considera la esperiencia y la accion mas que como fenómenos transitorios, en los cuales es inútil fijar la atencion, y de los cuales hasta es bueno desentenderse para seguir una lógica arriesgada é impasible.

Esta filosofía de abstraccion y de aislamiento, cuyo orígen se remonta á Descartes, ha seducido con facilidad los talentos, entregándoles los espacios de *lo universal y lo absoluto*, y haciéndoles obrar en cierto modo como el Criador sobre el caos y el vacío;—pero tambien los ha precipitado en él por carecer de contrapeso.

La razon pura no sugiere mas que ideas *generales* no conociendo mas que *lo universal*. Pero *lo general* y *lo universal* no admiten sino *lo necesario*, porque *lo libre* es una potencia de derogacion de la generalidad, y no se conoce mas que por el suceso, por *el acto;* de donde se sigue que toda individualidad, toda personalidad, toda libertad debe desaparecer en el terreno de una filosofía semejante, y que su *ultimatum* debe ser el panteismo y el fatalismo.

Ha llegado ya á este *ultimatum*, se ha perdido en él, y su triunfo ha sido su sepultura.

La filosofía habia abierto al mismo tiempo la de las sociedades, porque las pasiones, buscando siempre pretestos que las autoricen, sobre todo cuando envuelven alguna austeridad, no tardaron en hacer descender á esta filosofía hasta su dominio, y á traducirla por teorías, tanto mas absolutas cuanto se las creia inspiradas, tanto mas libres cuanto se creian necesarias.

Oyéronse entonces gritos de terror, y ese instinto de conservacion, que se manifiesta en las sociedades en dias de gran peligro, hizo conocer con un solo golpe de vista toda la estension del mal y su principio.

Entonces tuvieron lugar las denegaciones, las retractaciones y las conversiones verdaderas ó simuladas al divino paladion.

La Alemania, que se habia entregado primero que nadie á las licencias de *la razon pura*, y que sobre los pasos de Kant, de Hegel y de Strauss habia llegado en sus últimos discípulos al ateismo enmascarado, asiste en la actualidad á una gran leccion, leccion que no debe ser perdida para nosotros, ya que habiamos participado de su estravío.

Schelling, uno de sus mas distinguidos pensadores, que junto con Hegel habia evocado el panteismo, acaba de salir de la oscuridad en que vivia hace algunos años, y ha causado en Alemania una admiracion provechosa, procurando con todas las fuerzas de su inteligencia resucitar aquel mismo cristianismo que tanto habia deseado destruir.

¿Saldrá bien de su empresa? Hé aquí la cuestion en cuyo desenlace parecen agitarse los destinos religiosos de la Alemania, y cuya sola ecsistencia denota ya un gran progreso hácia su renovacion.

Segun la opinion de un narrador de esta importante controversia, parece que Schelling abandona demasiado la esplicacion moral para concretarse á la esplicacion puramente didáctica del cristianismo, y que queriendo acomodar demasiado la fé á las limitadas ecsigencias de la ciencia humana, se espone á no satisfacer ni á la ciencia ni á la fé.

Por esto, volviendo á nuestro propósito, es preciso tomar al cristianismo en globo tal como se halla, y principalmente con su actividad moral, que es como el foco de su evidencia, porque de este modo se esplican los dogmas en su verdadero objeto, y ellos mismos obran á nuestra vista con toda claridad (1).

No queremos estender mas estas consideraciones preliminares, porque deseamos con ansia justificarlas por medio del ecsámen sucesivo de los dogmas cristianos. Aquí era solo necesario fijar el punto de vista de este ecsámen para no dejar perder en insuficientes ó supérfluas investigaciones una atencion que no sabriamos bien dirijir.—Sucede á la verdad lo que á la virtud: *In medio stat;* mas acá ó mas allá no hay nada, y prueba tanta sabiduría y tanta fuerza el contener á la razon en sus límites, como el desenvolverla dentro de ellos.

CAPITULO V.

NATURALEZA Y ATRIBUTOS DE DIOS.

I. CREDO IN UNUM DEUM.

El que reflecsione detenidamente en este hecho: —La creencia en un Dios único, espiritual y criador, es un don que el cristianismo hizo á la tierra y que se lo conserva; ese, decimos, llegará necesariamente á confesar la divinidad del donador.—La misma mano que hace salir el sol sobre el horizonte y que lo conserva en él, es la sola que pudo ha-

(1) Consúltese un artículo muy notable, publicado por A. Lebre en la *Revista de Ambos Mundos*, en Enero de 1843, con el título de *Crisis de la filosofía alemana.*

Todos los esfuerzos de la Alemania protestante para recobrar la verdad cristiana han además abortado por la carencia del principio de la autoridad. La Alemania hubiera conservado esta verdad si hubiese sido capaz de recobrarla. La razon necesita de una autoridad superior, aunque no fuera mas que para conservar sus conquistas y defenderlas contra sus propias revueltas. Sin esto, la razon levantaria solo montañas de arena, que todo lo llenarian, sin poderse sostener á sí mismas. "Todos esos "varios filósofos (dice en conclusion A. Lebre,) tan altivos en "sus pretensiones, tan ruines en sus resultados, impotentes para "crear nada, solo saben destruirse mutuamente. De todo ese "trabajo nada mas queda que una crítica insaciable que á nada "perdona; es un nuevo diluvio que se aumenta, crece, se estien-"de y amenaza invadir con sus amargas aguas los elevados asi-"los que se habian buscado para librarse de sus estragos.